

quien vió una vez, habia tenido un gran susto el dia en que Escipion se presentó en casa del doctor.

El perro se habia arrojado sobre él, y de silla en mesa le persiguió hasta que, encontrando una ventana abierta, el gato pudo librarse de él buscando refugio en los tejados.

Celoso porque otro le usurpaba su lugar en la casa y en el corazón de sus amos, ó aterrado por aquel malaventurado encuentro, el *Presidente*, que era moro de paz y que, gracias á los cuidados de Marta, ni aun se ocupaba de hacer la guerra á los ratones, mirándolos como un manjar indigno de él, permaneció tres dias sin volver á casa.

A pesar de que Marta no se quejaba, porque segun ella el doctor tenia derecho de vida ó muerte sobre todo lo que le rodeaba, sin embargo, su fisonomía cambió, y cuando servia á su amo el café por la mañana lanzaba un profundo suspiro, y cuando hacia la sopa para Escipion era de muy mala gana.

El doctor adoraba la buena armonía, así como odiaba la guerra por los resultados.

Vió que uno de los resortes que impulsaban á los habitantes de su casa se habia detenido, y se informó del motivo de la tristeza que agobiaba á Marta.

La fiel criada rompió á llorar, y mostrando el sillón en que solia descansar el gato, murmuró:

—Señor doctor, el *Presidente*.

Merey ordenó á Marta que preparase la comida del perro y del gato, y que se la llevase.

La pobre mujer se encogió de hombros, como diciendo:

—Eso es inútil.

Pero como estaba acostumbrada á obedecer, hizo lo que su amo mandaba.

El doctor se asomó al balcon buscando al gato, y como la casa dominaba á la otra y el laboratorio estaba aun más elevado, pudo interrogar con la vista hasta el fondo cavernoso del Creusse; pero no tuvo necesidad de detenerse en sus sombrías aguas, porque á alguna distancia, encima de un tejado de rastrojo, dormia *Presi-*

VI.

Entre perro y gato.

La alegría del perro, la expresion inteligente de su ojos y sus gózosos aullidos confirmaban al doctor en su idea de que aquel animal, á quien habia salvado, seria el intermediario, el lazo entre su voluntad varonil y la *nada* de la pobre idiota.

Era el medio de introducirse en la plaza por sorpresa.

Dominado por los mitos cabalísticos de la antigüedad, se preguntaba el doctor si los poetas no lo habian adivinado cuando nos presentan á Orfeo entrando en los infiernos en busca de Eurídice á pesar de los aullidos de Cerbero.

La empresa que meditaba Merey tenia algun parecido con la tentativa del gran poeta primitivo.

Se trataba de penetrar en el infierno de la imbecilidad para sacar de las tinieblas de la muerte á la inteligencia, y como Orfeo hizo con Eurídice, volverla á la luz del dia.

Verdad es que habia fracasado su pensamiento, pero fué por falta de fé. ¿Por qué dudó de la palabra del dios de los infiernos? ¿Por qué volvió la cabeza para ver si le seguia Eurídice?

Abrumado con estas ideas, volvió el doctor á su casa y entró en el laboratorio.

La anciana Marta, que habia tenido que vencerse mucho para acostumbrarse á Escipion, porque este asustaba á su gato, creyendo que el paquete que su amo tenia en los brazos serian yerbas medicinales, le siguió, porque era ella la encargada de colocarlas.

El gato penetró á su vez.

Presidente, nombre que le habia puesto Marta á causa de su blancura, que le recordaba la del traje del presidente de Bourges, á

dente, replegado entre su lustrosa piel, un poco desaseada por las excursiones nocturnas que había hecho desde su fuga.

El doctor le llamó con un silbido particular.

El gato se estremeció, abrió sus ojos verdosos, miró en derredor suyo, se estiró y bostezó, pero entonces se fijó en su amo.

Fuera que la llamada del doctor le pareciera bastante, fuera que, como los demás animales, sintiese la irresistible influencia del magnetismo, lo cierto es que se levantó, encaminándose hácia el balcon.

El doctor llamó á Escipion, el que contaba entre sus cualidades la de hacer el muerto, para dejar pasar la infantería y la caballería ligera, hasta que pasara la artillería.

El doctor le mostró la alfombra y le ordenó que hiciera el muerto: el perro se tendió y cerró los ojos.

Casi en aquel momento asomaba en el balcon la cabeza inteligente é inquieta del gato.

Jacobo Merey le tomó en brazos, le besó en la frente, lo que jamás había hecho, y le pasó la mano desde el occipucio hasta el extremo de la espina dorsal; caricia á la cual fué tan sensible el gato, que el doctor le sintió estremecerse, y al estremecimiento sucedió ese rum rum particular en la raza felina, y que expresa la satisfacción.

Entonces le acostó entre las patas de Escipion, colocándole la cabeza sobre un brazo del perro, y con el otro hizo le abrazara.

Los dos animales, que tres dias antes habían querido devorarse (porque ni á Escipion le faltaba la fuerza ni al *Presidente* la voluntad), se encontraron frente á frente sin saber cómo, maravillados de sus intenciones pacíficas y benévolas del uno para el otro.

Estaban embelesados con aquella reconciliacion, cuando entró Marta, llevando la sopa del perro y la comida para el gato.

La admiracion de la pobre mujer fué tan grande que, dejando uno de los platos sobre la mesa, hizo la señal de la cruz.

No tenia absoluta confianza en las creencias de su amo, y cada vez que le veia llevar á efecto un acto extraordinario y que traspasaba los límites del humano poder, se ponía en guardia y se persignaba para conjurar al enemigo.

—Señor, exclamó mirando á los dos animales; esta es otra de vuestras hazañas.

—Dad su almuerzo á los dos y esperad, dijo el doctor, quien deseaba ver por sí mismo el efecto que producian en las naturalezas vulgares lo que el pueblo llamaba milagros.

Marta obedeció; pero su turbacion era tan grande, que cambió los platos, y cuando quiso deshacer el error, le dijo su amo:

—Dejadlos, ya lo buscarán ellos; y silbando lo mismo que al llamar á *Presidente*, despertó á ambos.

Escipion se dirigió á la izquierda en busca de su sopa, y el *Presidente* pasó por entre sus patas para alcanzar la comida.

Desde aquel dia reinaba la más perfecta armonía entre los dos, con lo que Marta recobró la satisfacción y la alegría.

Este acontecimiento había acrecentado la confianza de Marta para con su amo, y deseosa de complacerle le siguió al laboratorio para aguardar sus órdenes.

Inmensa fué su admiracion cuando vió que desenvolvía con el mayor cuidado lo que ella creía eran yerbas, y se encontró con una niña de seis á siete años, la que permanecía inmóvil en el sitio en que la había dejado Jacobo Merey.

El perro corrió hácia ella y la lamió en la cara, y entonces hizo un movimiento.

—Dios mio, ¿qué es *esto*? exclamó Marta alargando la cabeza y extendiendo los brazos.

—*Esto*, replicó el doctor sonriendo melancólicamente, *esto* es una masa de carne sin alma, sin voluntad, sin movimiento, olvidada por el Creador entre esos seres deformes é incompletos, á los que tiene que dar la ciencia lo que ha olvidado concederles la naturaleza.

—Jesús, Dios mio, señor doctor, exclamó Marta; supongo que no pensais en ocupar la casa con ese muñeco, que solo sirve para figurar en la redoma de un boticario.

—Al contrario: se queda conmigo, y tú te encargarás de velar por ella: para empezar, añadió Jacobo Merey, vas á ir á comprar un medio baño para jabonar esta niña de piés á cabeza.

La anciana obedeció como siempre; una hora despues, en el baño, lleno de agua tibia, estaba sumergida la idiota, y Marta lavaba su cuerpo con jabon, ínterin Jacobo contemplaba aquel acto con la mayor atencion.

Imposible era conocer el color de sus cabellos ni de su cútis, pues el desaseo y el contacto con las cosas más inmundas la tenían completamente desfigurada.

Poco á poco la mano de Marta, ayudada por la espuma del jabon, iba descubriendo un cútis blanco mate y enfermizo, propio de los niños cuando han vivido encerrados.

Existen en el aire y en los rayos del sol unos átomos que prestan vida y calor, y por eso vemos que las plantas pálidas y raquílicas son las que carecen de esos elementos regeneradores, mientras que sus hermanas brillan con los más vivos colores y se ostentan frescas y vigorosas con el contacto de la brisa y del astro-rey.

Aun despues de lavada y peinada era difícil conocer si seria bonita ó fea, porque ninguno de sus rasgos estaba bien marcado.

Los ojos, que apenas se entreabrian, y los cuales no se podia saber si eran rasgados, eran azules como el cielo; la boca, imperfectamente dibujada, mostraba hermosos dientes, pero atenuaba su belleza la palidez de los lábios.

Las cejas se distinguian por el color oscuro del cútis, pero no por ese sedoso arco del que la mujer saca tanto partido, sea más ó menos poblado.

Su cabeza carecia de cabello casi por completo, y solo en el cerebelo se veian algunos rizos, rubio claro, indicando que si aquel sér llegaba á ser mujer pertenecería á la bondadosa raza germánica.

Pero, sin embargo, y á pesar de la hinchazon que se notaba en el cuello, en las ingles y en las rodillas, el estado de la pobre niña no desagradó al doctor.

Uno de los síntomas que caracteriza el idiotismo es el entorpecimiento.

El hombre ha sido dotado por la naturaleza con tres dones esenciales: la sensacion, la voluntad y el movimiento.

El hombre siente, desea, obra, y estos impulsos se enlazan unos con los otros, sin que sea posible desunirlos.

Si el hombre no siente no puede desear, ni tampoco obrar.

El idiota no siente, y tal es la causa principal de la imbecilidad.

En la choza del cazador furtivo la infeliz criatura jamás salia del miserable lecho, y durante horas y horas rodaba como una bola, ó se movia como esos muñecos chinos que no tienen movimiento sino en la cabeza; era el único punto de contacto que tenia con la vida.

Aborrecia el aire libre, la luz, el movimiento, y tenia la tendencia natural en los irracionales á la tranquilidad.

El doctor Merey la dejó desnuda y confiada á la vigilancia del perro, y bajó al jardin, el que era bastante grande, como sucede en las casas de las ciudades de provincia, en donde el terreno no tiene el mayor valor.

Altos y frondosos árboles le sombreaban, en el centro de los cuales, en la cima de una colina, se elevaba un magnífico manzano. Un manantial claro, cristalino, bullicioso nacia al pié del otero, y formando lindas cascadas corria por el cáuce de un arroyuelo, atravesando un patio enlosado, regaba el jardin de un extremo al otro y se perdia en el rio Creusse.

Toda la frescura y verdor que formaban del jardin un verdadero oasis era debido al humilde manantial.

Tres ó cuatro frondosos sauces, colocados de distancia en distancia, mezclaban su dorado follaje con los diferentes matices que presentaba la variada paleta del jardin.

Jacobo Merey comprendió á la primera ojeada el inmenso partido que podia sacar de aquel jardin para su enferma, pues la sombra de los árboles atenuaba los ardores del sol.

Con un lápiz en la mano se convirtió en jardinero y arquitecto de aquel Trianon en miniatura.

En una superficie extensa y llana dispuso una alfombra de césped para que la niña rodase á su placer; un estanque, cuya profundidad no pasara de treinta centímetros, debia reemplazar á una

verja, y este depósito de agua seria más tarde el baño de la niña sin nombre que yacia en su laboratorio.

Jacobo Merey entrelazó las ramas de tilo para formar un pabellon que fuera impenetrable á los rayos del ardiente sol de la canícula, tan peligrosos por su excesiva fuerza.

Jacobo Merey se propuso apurar todos los recursos de la naturaleza, para lo cual marcó dos ó tres sitios para formar cuadros de flores.

Desde el siguiente dia se ocuparon cuatro jardineros en la reforma del jardin, habiéndoles ofrecido paga doble si ejecutaban en una semana los planes del doctor.

VII.

Un alma en su infancia

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
APO. 1625 MONTERREY, MEXICO

Ocho dias despues empezaba á despuntar el césped; el estanque mostraba en el fondo el cascajo recogido en el rio, y estaba rodeado de una verja que impediria que la niña pudiera caerse, y dispuesto á propósito para que, vigilada por Marta, pudiera tomar un baño general, en el cual nada molestase sus originales movimientos.

Varias macetas habian sido trasportadas sin trasplantar, y formaban tres alfombras matizadas con variados colores.

El eden en miniatura estaba preparado para recibir á su Eva.

La niña no tenia nombre, porque nunca habian pensado en nombrarla; ¿para qué, si no contestaba?

Sin ninguna duda, cuando nació la habrian bautizado con el nombre de alguna santa ó santo, pero visto lo mal que habian velado por su ahijada, era imposible buscarlo en el Almanaque ni en la memoria de nadie.

Pero Marta la *jórobada*, que además de su nombre tenia el sobrenombre, no se contentaba con esto, y tanto mortificó á su amo, que éste, deseando tambien acostumbrar á la niña á contestar á una interpelacion, la dijo que se llamaba Eva.

No sin razon le dió Jacobo Merey á la huerfanita este nombre; ¿pues no era sacar de la nada aquel sér, como Dios á la primera mujer?

Aquella creacion material que emprendia, ¿no daria, si no fracasaba, el resultado de formar una criatura que el Señor pudiera reconocer como suya entre las demás mujeres, lo mismo que conoce una flor entre las otras flores?

30007

¿Qué nombre podia dársele más significativo y más encantador que el de Eva?

Pero solo fué el doctor quien persistió en esto, pues Marta, encontrando el de Rosalía más bonito, pidió permiso á su amo para sustituir al que el doctor deseaba, porque además, decia, no se encontraba en el Almanaque.

Jacobo Merey consintió porque empezaba á sentir un afecto extraño hácia la niña, y tal vez se alegraba nombrarla de un modo particular y que solo á él le respondiese por aquel nombre.

Por consiguiente, fué llamada Eva por el doctor, Rosalía por todos los demás.

El día que la niña penetró por primera vez en el jardín hacia un calor insoportable.

En el pabellon, formado con las ramas de los tilos, se extendió una alfombra, y Escipion tuvo el privilegio de participar, despues de bien lavado, aquel fresco albergue.

El doctor contaba con el perro como con un poderoso auxiliar para su obra.

Día llegaría en que llevase á Eva sobre sus lomos, y más tarde tiraría del cochecito de la niña; entre tanto con admirable habilidad jugaba con ella, haciéndola casi á pesar suyo tomar movimiento, el que si bien la era antipático, sin embargo lo consentia porque provenia del perro.

Durante todo el día permaneció el doctor cerca de aquellos dos seres observando sus juegos.

La niña estaba desnuda porque el calor lo permitia y Jacobo deseaba dejar en completa libertad sus movimientos; varias veces trató de ponerla de pié, pero sus piernas se doblaban aunque apoyara las manos en un banco, por lo que comprendió el doctor que no debía ocuparse por entonces más que del organismo para ponerla en estado de aprovechar más tarde los cuidados morales.

Los primeros días y meses se pasaron combatiendo con energía el humor linfático.

Primero la hizo tomar baños frios en el estanque del manantial, los que hicieron á la niña lanzar gritos de dolor.

En la pobre naturaleza humana siempre sucede lo mismo: los gritos de pesar preceden á los gritos de alegría.

Poco á poco se acostumbró Eva á los baños, soportándolos sin congoja, y por último sintiendo un verdadero placer.

Cuando pasó el calor les llegó el turno á los baños salinos y alcalinos, á los que ayudaba un alimento nutritivo y sano.

En casa del leñador nunca habia comido Eva sino sopas de leche y sustancia de pan.

El caldo de vaca era poco frecuente, y tal vez no lo habria tomado dos ó tres veces.

Con respecto al alimento, no manifestaba ninguna preferencia y tomaba lo que la presentaban, y lo mismo que todos sus movimientos, movia las mandíbulas indistintamente.

El doctor, en lugar de las sopas de leche y la sustancia, la daba buen caldo, y cuando conoció que ya el estómago soportaria un alimento más fuerte, ordenó la gelatina de ave, despues la de carne, y por último la de caza, por ser la más nutritiva.

Durante el invierno continuaron aquellos asíduos cuidados, sin que se se notara progreso alguno ni en la inteligencia ni en el organismo moral de Eva.

Pero si era obstinada aquella naturaleza, más lo era aun la paciencia del doctor para combatirla, á pesar de que con frecuencia se encontraba á punto de desesperarse; pero un hecho que obtuvo buen éxito segun sus deseos, y que habia sido provocado por él, le devolvió la esperanza.

Un día encargó á Marta que encerrase el perro en una perrera situada en un extremo del jardín, desde la cual no podian oirse sus lamentos.

Pero el perro no quiso seguir á Marta, y fué preciso que le condujera Jacobo y le ordenase que entrara.

El inteligente animal comprendia á lo que le condenaban, y no hubiera obedecido á nadie sino al doctor, quien le amarró y le encerró.

Escipion se quejó dolorosamente de aquella injusticia; pero nada más.

Su amo se encargó de llevarle la comida, dejándole entre tanto una escudilla llena de sopa que Marta había hecho por encargo particular de Merrey.

Era la primera vez que Eva, desde hacia cerca de un año, se encontraba privada de su compañero; lo había visto salir con el doctor, siguiéndole con la vista, y cuando le vió volver solo, sus ojos manifestaron una ligera expresion de asombro y permanecieron fijos.

Aquella rápida impresion no pasó desapercibida para el doctor Merrey.

Pero todavía faltaba algo. Pasó el dia, y la niña, inquieta, miraba á derecha é izquierda haciendo movimientos que jamás había hecho para mirar detrás de ella, y por la tarde se escaparon de sus lábios algunos quejidos.

Pero era más aun lo que deseaba el doctor Merrey, pues con bastante frecuencia la había oido quejarse, pero nunca la había visto sonreir.

Los rasgos de su rostro se habían acentuado, los ojos estaban más rasgados, aunque, si bien no manifestaban atonía, era vaga su mirada; la nariz se había formado, los lábios se delineaban perfectamente y habían tomado un sonrosado, y su cabeza estaba cubierta de cabellos rubios.

El doctor pasó la noche cerca de ella, y los quejidos continuaban durante su sueño: dos ó tres veces hizo algunos movimientos bruscos que no hacia estando despierta, y agitó los brazos con ménos debilidad que de costumbre.

¿Soñaba? ¿Se cernia en su cerebro algun pensamiento? ¿O solo eran estremecimientos nerviosos que la sacudian?

Al dia siguiente lo sabria.

Cuando Eva despertó por la mañana encontró el gato á su lado, por el que no había manifestado nunca ni simpatía ni antipatía: Jacobo deseaba ver cómo lo acogeria.

Eva, medio despierta, sintiendo bajo su mano una piel sedosa y fina, acarició al animal, pero poco á poco abrió los ojos, y con el cansancio de aquel que acaba de hacer un esfuerzo, los fijó en el

Presidente, á quien ya no confundia con Escipion, y reconociendo su error, rechazó al gato con tal despecho, que, irritado el animal, saltó de la cama al suelo.

En aquel momento se oyó un gran ruido de cadenas y como si un caballo subiera á galope las escaleras del laboratorio.

La puerta, mal cerrada, se abrió con violencia, y Escipion entró corriendo y se subió á la cama de Eva.

Había roto la cadena y roido la puerta.

Al verlo Eva se sonrió por primera vez, y lanzó un grito de gozo.

Era el desenlace que esperaba el doctor, aunque lo hubiera preparado de otro modo, y que no contara con el vigor y la impaciencia de Escipion.

Quitó de su cuello el collar y la cadena, cuyos anillos podian lastimar á la niña, y contempló gozoso aquella alegría que se manifestaba con caricias.

Era, pues, indudable que la víspera Eva extrañaba la ausencia de Escipion, que había soñado, y que á pesar de haber pasado veinticuatro horas no lo había olvidado.

Por consiguiente, si no existia la memoria en la imaginacion de la niña, existia el gérmen.

Jacobo Merrey murmuró la divisa de Descartes.

Cogito, ergo sum.

«Yo pienso; luego soy.»

La niña *pensaba*; luego *era*.

Llegaron los primeros dias de primavera, y cuando el arroyuelo empezaba de nuevo su plácido murmullo; cuando Abril hacia brotar los primeros y algodonados capullos de las hayas y de los tilos; cuando la yerba reapareció en la superficie de la tierra, en una mañana espléndida y alumbrada por el sol claro y radiante, volvió la pobre niña acompañada por el perro á tomar posesion de su paraíso.

La alfombra la aguardaba bajo los tilos, y Jacobo tuvo una grata sorpresa, recompensa de sus afanes.

Apoyándose en el ángulo de un bancode piedra, se levantó la ni-

ña, y ayudada por el doctor permaneció de pié, gozosa y lanzando una exclamacion de júbilo, que para Jacobo era la señal de triunfo.

De aquel modo se revelaba al mismo tiempo el progreso del pensamiento en el cerebro y de la fuerza en los músculos.

Como en los niños, se desarrollaban los dos gemelos, uno terrestre y otro divino, el cuerpo y el alma, con la diferencia de que Eva se habia retrasado seis ó siete años.

VIII.

Prima ché spunti l'aura.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 2625 MONTERREY, MEXICO

Era un adelanto suficiente para colmar de júbilo á Merey, pero era un progreso relativo.

Eva empezaba á distinguir lo que se encontraba al alcance de su vista, pero parecia insensible al ruido, puesto que por grande que fuera no volvia la cabeza.

Una idea acudió á la imaginacion de Merey, la cual varias veces le habia ocurrido, pero que, temiendo adivinar la verdad, no habia querido profundizar, y era que la pobre niña estaba sorda.

Un dia en que jugaba con Escipion sobre el césped y que demasiado débil aun para sostenerse sobre sus piernas se apoyaba en el suelo con piés y manos, el doctor, quien por ella habia descuidado por completo crisol y retortas, subió á su laboratorio, tomó una pistola, la cargó, y llegando casi hasta tocar á Eva, la disparó.

Escipion dió un salto, ladró, se lanzó entre los bosquecillos y los registró para averiguar qué pieza de caza habia matado su amo.

Pero la niña ni aun se estremeció. Siguió con la vista al perro y parecia que sus vueltas la divertian, haciéndole señas con la mano para que volviera, pero era indudable que se ocupaba del efecto sin saber la causa.

Entonces determinó el doctor emplear la electricidad como auxiliar del plan curativo.

Dos ó tres veces por mes caia la niña por espacio de veinticuatro, treinta ó cuarenta horas en un estado total de entorpecimiento, y entonces Jacobo Merey la friccionaba con un cepillo eléctrico, la hacia tomar baños preparados del mismo modo y aplicaba un conducto eléctrico al oido durante media hora ó una.